

A CERRAR EL PASO AL IMPERIALISMO, A IMPEDIR LA GUERRA NUCLEAR *

Fernando CARMONA**

[...] Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta perder la cabeza, que rebase los límites, que cometa necedades [...] Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece, y por esto podemos (y debemos) unir el máximo de pasión en la gran lucha revolucionaria con la consideración más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía.

V. I. Lenin, "La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo". *Obras escogidas en dos tomos*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948, t. II, p. 795.

Las anteriores palabras de Vladimir Ilich Lenin son hoy tan vigentes, o más, que cuando fueron pronunciadas hace sesenta y dos años. Valen no sólo para los comunistas y revolucionarios, también para quienquiera que ejerza una razón crítica desprejuiciada y objetiva y se preocupe honradamente por el destino de la Humanidad.

Ante los avances del socialismo real que contrastan con la crisis del capitalismo mundial que en los últimos tres lustros ha sumido

* Discurso pronunciado en el acto celebrado por el Instituto de Amistad e Intercambio Cultural México-URSS, en ocasión del "37 Aniversario de la Derrota del Fascismo", Sala "Manuel M. Ponce", Palacio de Bellas Artes, México, 7 de mayo de 1982.

** Investigador del IIEc-UNAM.

en el desempleo y el subempleo, en las consecuencias de la creciente carestía de la vida y de la disminución en el ritmo de construcción de viviendas y del gasto en importantes servicios sociales, y en nuevas penalidades que se suman a las ya viejas en el sistema imperialista, a cientos de millones de obreros, empleados y campesinos del llamado "mundo libre"; ante los avances de las luchas obreras en las metrópolis contra el capital monopolista y de los pueblos del "Tercer Mundo" por su independencia y su libertad nacionales y una justicia social que erradique dichas calamidades para siempre, lucha que en los recientes triunfos de Vietnam, Kampuchea, Angola, Etiopía o Nicaragua encuentra una elevada expresión; ante los avances, asimismo, del movimiento mundial por el desarme, la abolición de las armas nucleares y de destrucción genocida e indiscriminada, por la distensión política y militar, la coexistencia pacífica y la paz; ante los avances, digo, de las fuerzas de la razón, la justicia, la libertad y la paz que se organizan en todo el mundo, influyentes sectores de las burguesías imperialistas y sus aliados una vez más se "sobresaltan", "pierden la cabeza", "cometen necedades" mayores y amenazan con rebasar los más elementales límites de la convivencia humana civilizada.

Desde hace treinta y siete años, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial con el triunfo soviético en la batalla de Berlín y con el de los aliados anglonorteamericanos y franceses en el occidente de Europa y contra el Japón, también en este caso con el decisivo aporte del pueblo y las fuerzas militares socialistas soviéticas, sobre los escombros todavía humeantes de la brutal dictadura anticomunista y antisoviética del capital monopolista de Estado impuesta sobre las masas obreras y proletarias, que encabezaron los Hitler, Goebbels y Goering en Alemania, los Mussolini, Ciano y Gentile en Italia y los militaristas y fascistas del Japón, además de los de otros países, (Hungria, Finlandia, Rumania, Austria); sobre las cenizas, calientes aún, de esa dictadura del capital aglutinada en torno al poderoso eje nazifascista Berlín-Roma-Tokio, agresor, depredador y genocida de pueblos que "rebasó todos los límites" hasta entonces respetados por el régimen burgués, comenzaron a levantarse nuevos personeros anticomunistas y antisoviéticos, belicosos e irresponsables, que una vez más encarnarían a las fracciones más reaccionarias del capital monopolista de Estado y que abiertamente lanzaron al mundo, a partir de 1946, a una guerra fría que habría de durar décadas y que ahora esas mismas fuerzas se afanan por resucitar contra el mundo socialista y los movimientos libertarios del mundo.

Apenas concluido ese conflicto mundial emergieron no sólo los Truman, Dulles, Forrestal y Mac Carthy de los Estados Unidos, incluso los Churchill de Gran Bretaña o los Adenauer de Alemania. Más tarde los Johnson, Goldwater, Nixon y Kissinger, que en la fase actual de la crisis capitalista encuentran, todos ellos, su *alter ego* en los Reagan, Bush, Haig y Weinberger o en la Margaret Thatcher.

Las fuerzas del capitalismo monopolista en descomposición de que nos previniera Lenin, esto es, del imperialismo, hoy en una avanzada fase de crisis general del capitalismo monopolista de Estado, que aquellos personajes y actores de la contrahistoria representan, se empeñan desde hace años en iniciar una nueva guerra fría. Ante los concretos logros del histórico movimiento de los pueblos por la paz y la libertad, tratan de romper el equilibrio militar arrancado por el sistema socialista al imperialismo desde hace muchos años, para alcanzar una imposible superioridad. Han rodeado con cientos de ominosas bases militares, muchas de ellas termonucleares, a los países socialistas y a aquéllos que en los años setenta hicieron revoluciones antimperialistas triunfantes, incluyendo la ilegalmente enclavada en Guantánamo, en territorio de Cuba, contra la voluntad del pueblo y el gobierno revolucionarios de este país hermano, y cotidianamente hostigan a unos y otros países con maniobras terrestres, navales y aéreas, unas veces lanzadas desde bases militares ya viejas como las de Europa, el Atlántico del norte o el Pacífico, y otras desde bases apresuradamente construidas o reacondicionadas, como las de Diego García, Omán, Kenia o Egipto, enderezadas contra Irán, Yemen del Sur, Afganistán, Libia e Irak o en el Canal de los Vientos en Puerto Rico, y en el Golfo de Fonseca, en Honduras, encaminadas contra Cuba, Granada y Nicaragua, así como contra la Revolución centroamericana cuyos puntos más altos son los movimientos insurgentes de El Salvador y Guatemala.

Esas fuerzas reaccionarias se aproximan cada vez más a lo *esencial* del fascismo, por más que se ostenten como “demócratas” y aun “libertarias” e incluso osen acusar a los países donde desapareció la dominación del capital monopolista y resplandece la del pueblo trabajador aliado, a cuya vanguardia está la clase obrera, o sea los países socialistas, así como a los que de recién han logrado romper con el imperialismo, de “liberticidas” y “dictatoriales”. Tratan de “resolver” la crisis actual del capitalismo mediante la extremación del armamentismo y las aventuras bélicas colonialistas y neocolonialistas, de las que en estos treinta y siete años emprendieron más de

un centenar en todos los continentes, algunas tan bárbaras como las de Corea y Vietnam y otras todavía de pequeña escala como la que ahora, contando —como en otros momentos el propio imperialismo inglés, el holandés, el belga o el francés en las guerras coloniales de Malasia, Indonesia, el Congo o Vietnam—, con el pleno apoyo del gobierno imperialista norteamericano lanza la Inglaterra de la “Dama de Hierro” contra la Argentina de los Videla-Viola-Galtieri, con la vana pretensión de sostener el colonialismo y retener para sí una fuente de riquezas insospechadas y un bastión para el pretendido tratado anticomunista del Atlántico del sur, en las islas Malvinas, cuya incuestionable soberanía no puede ser la impuesta por la fuerza por Inglaterra y cuya prosapia latinoamericana es indudable.

Sobre la base de la acumulación monstruosa de medios de destrucción que ahora refuerzan insensata, locamente, los imperialistas más rapaces se adentran en los preparativos febriles de una guerra nuclear “limitada” contra la Unión Soviética y los países socialistas, en la creación de condiciones técnicomilitares y políticas para asestar el “primer golpe” desde Europa y aun desatar una guerra general termonuclear que ciertamente destruiría al capitalismo, podemos estar seguros, pero también gran parte de los logros humanos de milenios, y que aún así pretenden “ganar”.

Baste el sumario recuento anterior para sustanciar la vigencia de la primera parte de la afirmación leninista invocada al principio. De esto se desprende la vigencia de la segunda parte; “el porvenir nos pertenece” a quienes nos oponemos a la estulticia imperialista, mas estamos obligados a “unir el máximo de pasión” en nuestra brega revolucionaria, progresista o pacifista “con la consideración más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía”. Para ello conviene reflexionar en numerosas y complejas cuestiones. Permítaseme hacer algunos breves planteamientos en relación a tres tópicos sin duda importantes: 1) el papel del socialismo real, de carne y hueso, en la lucha contra la guerra y el fascismo; 2) la crisis actual del capitalismo y sus contradicciones, y 3) nuestro compromiso de mexicanos en esta lucha.

La Unión Soviética salvó a la Humanidad del fascismo y hoy impide la guerra nuclear

La aseveración anterior tiene que sustanciarse en nuestro recordatorio-homenaje de hoy. La proeza de los pueblos del antiguo imperio zarista en Octubre de 1917, la creación de la Unión Sovié-

tica y la reconstrucción socialista del país haciendo frente y supe-
rando increíbles adversidades, la conversión de la URSS en el lapso
histórico perentorio de tres acelerados planes quinquenales, en la
segunda potencia industrial del mundo, principalmente a partir de
dos viejas naciones —Rusia y Ucrania— devastadas por la Primera
Guerra, la guerra civil y las intervenciones militares extranjeras, así
como de un conjunto de naciones económicas y socialmente atrasa-
das del Cáucaso y el Asia Central, transformaron para siempre, el
planeta. El imperialismo dejó de reinar incontestado en una sexta
parte de la Tierra.

Si la Primera Guerra Mundial a que llevaron las contradicciones
interimperialistas, fue el anuncio del comienzo de la crisis general
del capitalismo a que el propio capital monopolista orilla y que la
Revolución de Octubre contribuyó poderosamente a configurar y ace-
lerar, el surgimiento del fascismo primero en Italia y más tarde en
Alemania y otros países es un síntoma más de dicha crisis, aunque
de un sentido contrario al anterior. Pero si la Segunda Guerra es-
talla apenas 21 años después de concluida la Primera, los impe-
rialistas fracasan en su empeño de encaminar el expansionismo anti-
comunista, antisoviético y antisemita de los nazifascistas en primer
término contra la Unión Soviética, ya consolidada en 1939; impul-
sada por las contradicciones que la Gran Depresión había intensi-
ficado, durante casi dos años la conflagración se desenvuelve funda-
mentalmente como una guerra imperialista más, con un desenlace:
la swástica se implanta sobre casi toda Europa, incluida la vieja po-
tencia francesa.

Nuevamente son más poderosas las contradicciones interimperia-
listas. Cuando la Alemania hitleriana, una vez aseguradas sus con-
quistas en Europa y fortalecida por ellas, con su retaguardia a salvo
y apoyada en nuevas alianzas dirige su ataque traicionera, artera-
mente contra la URSS, esas mismas contradicciones llevan a Ingla-
terra y a las fuerzas burguesas antinazis de Francia y otros países,
como también meses más tarde a los Estados Unidos que también
son atacados a traición en Pearl Harbor por el imperialismo del Japón
y declaran la guerra al eje nazifascista, a aliarse con los bolche-
viques a quienes antes habían combatido, por todos los medios, desde
1917.

Pero el peso fundamental de la guerra recayó sobre la Unión
Soviética. En parte por el calculado propósito de los aliados occiden-
tales de retrasar durante casi tres largos años el inicio de un segundo
frente en Europa, para desgastar a sus rivales, tanto el inmediato

nazi como el mediato socialista; en parte porque el propio odio de
clase y la ambición imperialista de los fascistas orientaban hacia la
“conquista” de la inmensa y rica Unión Soviética el grueso de su
poderío.

Como lo recordara Stalin, el entonces jefe del Estado y el Par-
tido Comunista soviéticos, en el aniversario de la Revolución de
Octubre, en 1942, cuando las tropas nazis y sus aliados aún no se
enfrentaban a las contraofensivas generales que en Stalingrado y
Kursk marcarían el camino hacia Berlín, en dicho año combatían
en territorio soviético 240 divisiones enemigas: 179 del total de 266
divisiones, o sea dos tercios, del ejército hitleriano, 22 divisiones
rumanas, 14 finlandesas, 13 húngaras, 10 italianas 1 eslovaca y una
—la llamada “Azul”— de los falangistas españoles;* en cambio,
para mantener la ocupación en una docena de países, desde los
Pirineos —es decir, desde Francia— hasta el Báltico y de ahí al
Mediterráneo, aun las de reserva en Alemania, e incluso las destina-
das a combatir a los ingleses en el norte de Africa, los nazis sólo
emplearon 87 divisiones, la tercera parte del total.

El precio de la victoria en la Gran Guerra Patria que salvó a la
Humanidad al cortar la cabeza a la hidra nazi, bien lo sabemos,
fue altísimo para la Unión Soviética: 20 millones de vidas, en su
mayoría de jóvenes, o sea cien veces más que a los Estados Unidos
y muchas veces más que a Inglaterra y Francia juntas, cuyas conse-
cuencias hubieron de resentirse hasta fechas recientes —y todavía
hoy— en la magnitud y composición de la nueva fuerza de trabajo.
Mientras que los Estados Unidos no sufrió un solo bombardeo y no
tuvo pérdidas materiales en su propio suelo continental a causa de la
guerra, sino que al contrario se enriqueció aceleradamente, y las pér-
didas de Inglaterra y Francia fueron por comparación pequeñas, la
URSS pasó por la destrucción de millones de viviendas que dejó
sin un techo individual a decenas de millones de soviéticos y la des-
trucción asimismo de miles de fábricas, minas y explotaciones agríco-
las, escuelas, hospitales y puentes, miles de kilómetros de carre-
teras y vías férreas y decenas de millones de reses, ovejas y cerdos.

Sólo el socialismo podía lograr el verdadero milagro de la nueva
reconstrucción soviética en tiempo *record*, sin ningún Plan Marshall
ni cualquier otro tipo de ayuda exterior, en las condiciones de la

* J. Stalin, *War speeches, orders of the day and answers to foreign press correspondents during the Patriotic War*. Hutchisson & Co., Londres, sin fecha de edición, pp. 38-49.

guerra fría desatada en primer lugar contra la Unión Soviética, teniendo que afrontar el acoso atómico del imperialismo yanqui, la formación de alianzas belicistas como la OTAN enderezadas contra ella y aun prestando ayuda técnica, científica y económica a las recién creadas democracias populares del oriente de Europa que pronto se enrumbarían hacia la construcción socialista, así como a Corea, China y Vietnam del Norte que emprendían igual camino.

Pocos años después de concluida la Segunda Guerra quedó constituido el sistema de Estados socialistas, que habría de incorporar a Cuba tras la épica victoria revolucionaria del 1o. de enero de 1959, para abarcar todos los continentes.

Pero la URSS no sólo cumplió estas históricas hazañas, como ha cumplido siempre su deber internacionalista —internacionalista proletario, entiéndase bien—, sino que bastaron cinco o seis planes quinquenales para, sobre la base de la auténtica democracia de una república de trabajadores, colocarse en el primer lugar mundial en la producción de acero, petróleo, cemento, locomotoras, tractores, fertilizantes químicos, viviendas y un buen número de otros productos, incluyendo no pocos alimentos y prendas de vestir, y al mismo tiempo acceder a los niveles más altos de educación, cultura y salud, en el desarrollo de la ciencia, la técnica, las artes y los deportes, así como en los niveles de moralidad social e individual abiertos a todo el pueblo trabajador, sin extremos lacerantes de opulencia y miseria y con un camino despejado, sin desempleo y sin drogas y otras aberraciones para las nuevas generaciones de hombres y mujeres cada vez más plenas y libres.

También pronto la URSS pudo destruir el monopolio atómico norteamericano, en 1949, y ponerlo en jaque al lanzar al espacio exterior el primer *sputnik* (1957) y la primera nave tripulada en el histórico vuelo de Gagarin (1961). Y con un poder militar, político y económicotécnico que los enemigos imperialistas de la Humanidad hace mucho que no ponen en duda, sino que al contrario exageran e incluso inventan para “justificar” sus programas armamentistas, en estos treinta y siete años ha desplegado incansable y consecuentemente una política de principios por la coexistencia pacífica, la distensión internacional, el desarme universal y completo, la desnuclearización de las más importantes regiones del planeta, la liquidación de todos los bloques y pactos militares, el respeto a la libre determinación de todos los pueblos y a la soberanía de todas las naciones.

Avala esa política de paz de la URSS el hecho de que nadie

puede contar, en estos treinta y siete años, una sola agresión soviética contra ningún pueblo. Ni militar, ni económica, ni política. En cambio, los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Portugal y aun España, así como los bastiones del imperialismo norteamericano que son Israel y Sudáfrica (y sin olvidar la agresión de la China hegemónica contra Vietnam) han participado directamente o han auspiciado y armado y son responsables de un centenar de guerras en este lapso, debo repetir, todas contra países del “Tercer Mundo”. Además de miles y miles de incursiones armadas en costas o fronteras terrestres contra Corea del Norte, Vietnam, Cuba, Líbano, Jordania, Irak, Angola y los países de la Línea del Frente en Africa, Nicaragua y otros países, así como de cientos de violaciones a convenios comerciales, unilaterales sanciones económicas y actos políticos que entrañan verdaderas agresiones contra incontables países.

La URSS y el sistema socialista en su conjunto ofrecen y extienden sin cesar formas de cooperación económica, técnica y cultural a un número creciente de países subdesarrollados, que cada vez más son contrastantes con las del imperialismo. Extienden su solidaridad internacionalista a regímenes socialistas y revolucionarios que la solicitan conforme al derecho internacional, estando en dificultades o siendo víctimas del injerencismo militar de imperialistas y reaccionarios, como Vietnam, Cuba, Afganistán, Etiopía, Angola o Polonia (y ayer Hungría y Checoslovaquia). No cejan en sus propuestas constructivas de paz y en su firme apoyo al movimiento pacifista y de liberación nacional.

La prueba mayor de la congruencia de esa política internacional por la paz y la cooperación entre los Estados con un distinto régimen social, y, con mayor razón, entre los que se han liberado del imperialismo, es que el creciente poder económicotécnico, político y militar de la URSS y los países que se han incorporado al sistema socialista, jamás se ha utilizado para agredir ni sojuzgar a pueblo alguno. Por el contrario, el sistema socialista se ha convertido en un formidable apoyo para el movimiento mundial por la liberación nacional y la paz.

Pese a la lamentable y ominosa defección de China Popular convertida en opositora contumaz de la Unión Soviética y de Cuba, Vietnam y otros países que más cumplidas pruebas dan de su internacionalismo proletario, así como en circunstancial aliado histórico del imperialismo desde hace dos décadas, la política exterior socialista, con la URSS al frente, ha sido la antítesis de la política inter-

nacional del imperialismo. Es una poderosa fuerza que frena, limita y aun impide determinadas acciones agresivas de éste y paso a paso ha alterado la correlación mundial de fuerzas en favor de los pueblos.

Ciertamente ese formidable cambio en el escenario mundial no ha bastado para impedir el crecimiento del armamentismo, ni tampoco decenas de guerras colonialistas y neocolonialistas de estos treinta y siete años. Pero la presencia mundial del socialismo ha sido el factor histórico principal que hizo posible la conversión de más de ochenta excolonias en nuevos Estados independientes en este periodo; el nacimiento en 1949 del Movimiento Mundial por la Paz que hoy da cauce a la lucha de cientos de millones de personas en todos los continentes y del Movimiento de Países No Alineados, en 1961, que hoy agrupa a casi cien Estados; el surgimiento de la OPEP por esas mismas fechas y aun la proclamación de los objetivos de un Nuevo Orden Económico Internacional y la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados en 1974, también abrió un amplio cauce a la distensión política en Europa que los imperialistas y reaccionarios más feroces no logran ni lograrán cerrar.

La URSS y el sistema socialista han sido pues, la fuerza histórica más importante que ha impedido, sí, el estallido del holocausto nuclear de la tercera —y casi seguramente la *última*— guerra mundial. Lo dicho: la Unión Soviética ha salvado a la Humanidad de estos horrores y del resurgimiento de un nuevo hitlerismo de masas organizadas por y para la dictadura abierta y brutal, expansionista y que “no respeta ningún límite”, del capital monopolista de Estado, que casi inexorablemente habría de llevar a la destrucción de todo lo humano.

La crisis capitalista empuja a la guerra, pero también crea contradicciones que es preciso ahondar

Los cambios en la correlación mundial de fuerzas emanan del hecho fundamental de que el socialismo es, desde la tercera fase de la crisis general del capitalismo, la fuerza determinante del devenir histórico de la Humanidad. Es probable que desde mediados del decenio de los setenta vivamos en una cuarta y aún más decisiva fase, en la que cada vez más se combinan las seculares crisis cíclicas del capitalismo con los hechos de su crisis general, presentes en la inflación crónica, acelerada e internacional, las llamadas crisis de energéticos, alimentos, demográfica, ecológica, asimismo internaciona-

les, así como en la creciente descomposición social, ética, cultural e ideológica de este sistema.

Vivimos, de hecho, bajo la crisis general del capitalismo monopolista de Estado como antes se dijo, en la que la agigantada monopolización de las economías tanto metropolitanas como de los países capitalistas subdesarrollados y estructuralmente dependientes como México, se entrelaza crecientemente con la también mucho mayor injerencia estatal en todos los planos de la sociedad civil.

Desde hace treinta y siete años el imperialismo sólo ha encontrado parcialmente su tradicional salida a la crisis, por los cambios en la correlación mundial de fuerzas, en la guerra. Dado que la contradicción capitalista fundamental entre la socialización de la producción, por un lado, acrecentada por los monopolios e incluso por la revolución científico-técnica en curso, y la apropiación privada del otro —básicamente monopolista— de la producción, el ingreso y la riqueza, se ha desplazado al plano mundial en la forma de contradicción capitalismo/socialismo, las contradicciones interimperialistas han pasado a ocupar el plano secundario que les corresponde frente al socialismo. Contra éste el imperialismo no ha estado en condiciones de desatar una guerra general, porque el socialismo le empata en poder militar y le gana terreno, más y más, en las instancias económica, política e ideológica, mientras que, al mismo tiempo, ha suprimido las guerras directas entre las propias potencias imperialistas.

Sin embargo, el capitalismo monopolista es siempre y cada vez más, parasitario por naturaleza. Necesita de la inversión y el gasto improductivos. Aunque el consumismo que impulsa da parcial salida a estas necesidades en los gastos de publicidad y en la producción y venta de bienes y servicios suntuarios o simplemente innecesarios, esto no le basta. El creciente gasto estatal es imprescindible para el sistema y el dedicado al armamentismo no le crea a los monopolios problemas de realización. Por esto se le justifica, espuriamente, mediante la intensificación de la cruzada anticomunista y antisoviética con base en la pretendida “amenaza” del “imperialismo” de la URSS, supuestamente lanzado a imponer su superioridad militar y a conquistar pueblos. Cada revolución antimperialista triunfante, cada apoyo internacionalista a un pueblo que lo requiere y cada convenio de cooperación con un país subdesarrollado se presenta como “prueba” de las “intervenciones” de la Unión Soviética.

En todo esto residen los gérmenes esenciales del fascismo, los que emanan de la dominación del capital monopolista de Estado. Tiene

razón el comandante Fidel Castro al señalar, como lo hacía ante la Unión Parlamentaria Mundial el pasado 15 de septiembre:

El sistema norteamericano no es fascista, pero es mi más profunda convicción de que el grupo que constituye el núcleo principal de la actual administración de Estados Unidos es fascista: su pensamiento es fascista; [...] su política exterior es fascista; su desprecio por la paz es fascista; [...] su prepotencia, su soberbia, su carrera armamentista, su búsqueda de la superioridad militar a toda costa, su apego a la violencia y la dominación, sus métodos de chantaje y de terror [...] son netamente fascistas [...] en la actualidad, sobre la estructura de una democracia burguesa imperialista, se ha instaurado en Estados Unidos una dirección fascista. Y esto es sumamente peligroso.

En efecto, es enorme el peligro en la actual coyuntura. El imperialismo, sobre todo su variante fascista, empuja siempre a la guerra, tanto más que su crisis general no tiene solución dentro de los marcos del sistema. Pero como dije, la crisis también engendra profundas contradicciones: entre las potencias, de éstas con las dependencias subdesarrolladas y dentro de unas y otras. El fascismo "popular", chovinista y racista perdió su base social, quizás para siempre, en Alemania, Italia, España, Portugal y otros países que lo padecieron durante largos años. Y aunque no podemos olvidar que el fascismo condensa todos los peores prejuicios reaccionarios y todo el odio anticomunista y antisoviético que el capital monopolista de Estado es capaz de engendrar, y que en estos treinta y siete años no han dejado de surgir regímenes gobernados por fascistas, como en Chile, Uruguay o Argentina o en otros momentos en Grecia y otros países, tampoco debemos olvidar que se trata de dictaduras con una base precaria, aisladas de los pueblos sobre los que se imponen, en gran medida sostenidas por el imperialismo mundial. Y que el propio gobierno de Reagan llegó al poder con sólo el 27% de los votos del electorado norteamericano y se enfrenta a crecientes contradicciones dentro y fuera de su país, incluso con sus rivales-socios de Europa y con el Japón.

Ahondar las contradicciones de la crisis que maniaten las fuerzas demenciales del capital monopolista de Estado de las grandes potencias y de sus respectivas oligarquías monopolistas nacionales, es la tarea histórica de todos los pueblos que luchan por su independencia y su libertad, de los propios trabajadores de las metrópolis vícti-

mas de la crisis, de las fuerzas mundiales de la paz y de los luchadores revolucionarios de todo el planeta.

Compañeras y compañeros:

Nuestro compromiso de mexicanos y patriotas es sumamente grande.

Los hechos de que nos hemos ocupado esta noche no son hechos ajenos a México. Nuestro país es una nación desnuclearizada cuyo gobierno ha encabezado un exitoso movimiento diplomático por la desnuclearización de la América Latina; mas situado apenas al sur de la frontera metropolitana del imperialismo norteamericano, no podría escapar a los efectos siniestros de un conflicto nuclear, que nunca podrá ser "limitado". Las acciones imperialistas que ponen en peligro la paz en el Medio Oriente se convierten en inmediatas presiones sobre el petróleo mexicano. El injerencismo norteamericano en Centroamérica y el Caribe nos afecta directamente. El espionaje, las maquinaciones militares estratégicas y tácticas, las maniobras navales y aéreas, la dotación de armamentos a los reaccionarios gobiernos dictatoriales al sur de México son acciones ominosas actuales del imperialismo, que se proyectan al presente y al futuro de nuestra Patria.

En México el imperialismo, sobre todo el norteamericano, forma parte intrínseca de nuestra realidad nacional e internacional. Está presente en aquellos datos políticos y está profundamente incrustado en nuestra economía, en nuestra superestructura ideológica, en nuestra vida cultural. En el capitalismo monopolista de Estado mexicano el capital trasnacional invertido directa o indirectamente en la forma de préstamos, cumple un papel de primer orden. Es un trasmisor principal de la crisis capitalista metropolitana e impulsa, junto con el capital monopolista mexicano, los desequilibrios y desajustes de la que podríamos llamar crisis interna, "no importada", que ahora, con la devaluación del peso en febrero último, ha entrado a otra aguda fase que lesiona gravemente a nuestro pueblo y sólo beneficia a un puñado de monopolios nacionales y extranjeros y a unos cuantos miles de especuladores.

Cierto es: en México no hemos tenido que luchar como en otros países, en un primer plano, contra la instalación en nuestro territorio de bases militares extranjeras o de cohetes nucleares teledirigidos. Tampoco el armamentismo tiene repercusiones tan directas como en las metrópolis mismas, y no hemos tenido gobiernos dicta-

toriales fascistas. Pero la lucha por la paz es ante todo una lucha antimperialista, que en países como el nuestro tiene bien definidos objetivos: es una lucha contra el capital trasnacional y la oligarquía monopolista nacional.

Reconozcamos que nuestra contribución a la lucha por la paz es todavía débil. Hay que impulsar la lucha antimperialista y antioligárquica. Tendremos que esforzarnos por preservar y fortalecer, frente a los amagos y presiones del imperialismo norteamericano y de la reacción interna, los mejores aspectos de la tradicional política exterior mexicana, como una actividad que reclama el interés, la vigilancia y la responsabilidad de las mayorías del pueblo y no sólo de unos cuantos funcionarios. Tendremos que empeñarnos en crear una mayor conciencia sobre la necesidad del desarme, la desnuclearización y la distensión universales, y el respeto a la independencia y la soberanía de todos los pueblos. Deberemos luchar contra los actos de la política económica internacional del gobierno que fomentan la penetración directa e indirecta del capital monopolista trasnacional, y su dominación tecnológica, comercial, monetaria y financiera —y también ideológica y cultural— sobre nuestro país.

Tendremos que extremar nuestra vigilancia y nuestra lucha contra la penetración ideológica imperialista, envuelta a veces en ropajes marxologistas y siempre con una esencia revisionista, que alienta el anticomunismo y el antisovietismo, este último a veces incluso en las propias filas revolucionarias y progresistas, donde hoy no faltan quienes critican a la URSS por su apoyo internacionalista al Afganistán revolucionario o a la Polonia socialista, como ayer por su apoyo a Hungría o Checoslovaquia.

Deberemos contribuir a que los trabajadores mexicanos entiendan que la solidaridad internacionalista con todos los pueblos que se enfrentan al imperialismo en cualquier porción del planeta, es nuestra propia lucha. Y que el sistema socialista en general y de la Unión Soviética en particular, que apoyados en los pueblos del mundo han impedido hasta hoy el desencadenamiento de una dantesca guerra atómica, "localizada" o mundial, nuestro pueblo no ha recibido jamás un solo agravio y que en cambio ha encontrado y encontrará siempre comprensión y apoyo.

¡A cerrar el paso al imperialismo!

¡A impedir la guerra nuclear!

¡Viva la Unión Soviética que salvó a la Humanidad del fascismo y hoy impide la guerra atómica!

¡Viva México!